



EL ARCHIDUQUE ALBERTO

PIEDAD Y POLÍTICA DINÁSTICA
DURANTE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

LUC DUERLOO

CENTRO DE ESTUDIOS EUROPA HISPÁNICA





H. Ambrosius Spinola Marquis van Benafro Ridder van Orden etc.



H. Jan de Mancidor vanden Crycs. raet en Secretaris van Coninck.



H. Jan Richardot Ridder Heer van Barly Hooft President etc.



H. Etie de la Place Heer van Russij etc. Ambas. van Veancryc ordina. aen de H. Staten.



H. Richard Spencer Ridder Ambas. extraord. van Groot-Britanien aen de H. Staten genera.



H. Rudolf Winwood Ridder Ambas. ordi. van Groot-Britanien aen de H. Staten.



CAPÍTULO I

Pintura fresca

EL 13 DE JULIO DE 1598 LOS HABITANTES DE HAL –UNA PEQUEÑA localidad a unos dieciséis kilómetros de Bruselas– y los peregrinos que allí habían ido para venerar a la célebre Virgen Negra fueron testigos de una ceremonia poco común. En la víspera el cardenal-archiduque Alberto había llegado a la ciudad acompañado de toda la pompa y circunstancia que correspondía a un arzobispo de Toledo, primado de España, legado pontificio y gran inquisidor del reino de Portugal. Aquella mañana, sin embargo, Alberto se dirigió a misa vestido como un príncipe secular, ciñendo una espada, y durante la ceremonia religiosa depositó con solemnidad sus vestiduras cardenalicias sobre el altar de la capilla de Nuestra Señora¹. El archiduque escenificaba así su renuncia al clero y su retorno al estado laico en un acto de gran carga simbólica realizado en un lugar igualmente simbólico.

Nuestra Señora de Hal era muy estimada por los príncipes católicos. La Virgen Negra –que se consideraba milagrosa– había llegado allí gracias a Sofía de Turin-gia, duquesa de Brabante, que a su vez la había recibido de su madre, santa Isabel de Hungría. En su momento, el futuro Luis XI de Francia e incluso Enrique VIII de Inglaterra habían solicitado su intercesión celestial, pero en décadas más recientes Nuestra Señora de Hal había adquirido fama de ser una acérrima defensora de la causa católica en su lucha contra el protestantismo². Pocos años después, ni más ni menos que el erudito Justo Lipsio encomiaría con su elegante prosa latina las milagrosas intervenciones de esta Virgen³ a la que el archiduque Alberto tenía una particular devoción⁴: acudió a rezarle antes de su primera entrada solemne en Bruselas en febrero de 1596 y volvió al inicio y al final de su primera campaña militar en los Países Bajos. Sin embargo, en aquella ocasión había acudido a su santuario para tenerla Virgen como testigo del giro más dramático de su carrera. Después de partir de Hal, resolvió varios asuntos en la corte de Bruselas mientras preparaba su viaje a España⁵, adonde se dirigía para casarse con la infanta Isabel Clara Eugenia antes de volver siendo ya sucesor junto con ella del rey Felipe II como señor de los Países Bajos. Tampoco la fecha era fortuita, pues el 13 de julio es la festividad del santo emperador Enrique II, que, según la tradición, fue un príncipe que hubiera preferido abandonar sus posesiones y títulos mundanos para hacerse monje, pero que asumió la carga de gobernar el Sacro Imperio por su sentido de la obligación hacia la Iglesia y sus súbditos. Ésa era la vida que el archiduque Alberto se disponía a emular: renunciaba a una de las iglesias titulares más prestigiosas de Roma y a las mayores rentas eclesiásticas de España y Portugal. En adelante, llevaría la vida de un príncipe secular y defendería el catolicismo luchando contra sus enemigos. Además, el simbolismo de la fecha tenía mayor alcance, pues indicaba que quizá algún día podría asumir un papel en el gobierno del Sacro Imperio.

LA EDUCACIÓN
DE UN ARCHIDUQUE

El archiduque Alberto sabía muy bien que «era descendiente de tantos emperadores y reyes»⁶, y consideraba que le correspondía tomar parte en el gobierno por derecho de nacimiento. Había llegado al mundo en Wiener Neustadt el 13 de noviembre de 1559, hijo del emperador Maximiliano II y la infanta María, hermana de Felipe II. Sus dos abuelos –Fernando I y el hermano mayor de éste, Carlos V– habían sido emperadores. La pareja imperial tenía una extensa familia, algo poco común, pues aunque seis de sus dieciséis hijos habían muerto durante la infancia, sobrevivieron seis niños y cuatro niñas. Alberto había sido el décimo en nacer y ocupaba el quinto lugar entre los hijos supervivientes. Ninguna otra dinastía podía hacer gala de tan extensa prole, pero esto significaba que, de entrada, el futuro de Alberto resultaba como mínimo poco claro.

El matrimonio de Maximiliano y María fue el primero de una serie de uniones entre las ramas española y austriaca, y marcó un precedente que determinaría la política matrimonial de los Austrias para el resto del siglo XVI y buena parte de la siguiente centuria. El enlace resultó feliz, aunque los consortes contaban con temperamentos y convicciones muy diferentes. Maximiliano había sido educado en la cultura humanista y mostraba una abierta simpatía por el luteranismo. Sus críticas a la política española en los Países Bajos, sus reservas acerca de los decretos del Concilio de Trento, su insistencia en tomar la comunión bajo ambas especies y su rechazo a recibir los últimos sacramentos en su lecho de muerte debieron de suavizar las tensiones religiosas en el Sacro Imperio, pero sin duda irritaron y preocuparon tanto en Madrid como en Roma. En cambio, María llevó consigo todo el fervor, esplendor y credulidad del catolicismo hispano⁷, y demostró ser además una ferviente defensora de la Compañía de Jesús, la vanguardia de la Contrarreforma católica.

Felipe II tenía razones para preocuparse por las convicciones de Maximiliano. Como jefe de la casa de Austria, no sólo era consciente de los peligros de la división religiosa entre sus parientes, sino que también quería proteger la reputación de la dinastía como defensora del catolicismo romano. Aun así, lo que le preocupaba era sobre todo que las inclinaciones protestantes de Maximiliano pudiesen contaminar a la siguiente generación de la rama austriaca. Cuando la salud física y mental de don Carlos empeoró tras su caída accidental en abril de 1561, estas preocupaciones cobraron particular urgencia⁸. Don Carlos era entonces el único hijo del rey y su heredero, de modo que, si moría, las posesiones españolas serían heredadas por los hijos de Maximiliano y María, según las circunstancias del momento. Por esa razón Felipe consideraba esencial asegurarse de que sus potenciales herederos siguiesen siendo miembros fieles de la Iglesia católica, y para ello invitó a los dos hijos mayores de la pareja imperial –los archiduques Rodolfo (nacido en 1552) y Ernesto (nacido en 1553)– a viajar a la corte española y completar allí su educación. Maximiliano se mostró contrario a la idea pero María la veía con buenos ojos. Al final, la emperatriz consiguió vencer la oposición de su marido y los niños viajaron a España durante los meses de invierno de 1563-1564⁹.

En junio del año siguiente los otros cuatro hijos de la pareja –los archiduques Matías (nacido en 1557), Maximiliano (nacido en 1558), Alberto y Wenceslao (nacido en 1561)– fueron apartados de sus niñeras y pasaron a tener su propia casa. Unos dos años después se confió su educación a Ogier Ghislain de Busbecq¹⁰, natural del condado de Flandes y humanista formado en la tradición de Erasmo que había entrado al servicio de los Habsburgo austriacos en 1554 como miembro de

una delegación que se dirigía a Inglaterra para felicitar a Felipe II y María Tudor por su boda. Ese mismo año, Fernando I envió a Busbecq a la corte otomana, donde sirvió como embajador imperial hasta 1562. Fiel a su vocación humanista, Busbecq había aprovechado su misión para recopilar manuscritos latinos y griegos y copiar las inscripciones que encontraba en los monumentos antiguos, pero sus intereses eran más amplios: como botánico apasionado que era, contribuyó de manera decisiva a la introducción del tulipán, el castaño de indias y el lilo en la horticultura occidental. Las extensas cartas que escribía a su amigo Nicholas Michaut relatando sus viajes por los Balcanes y Anatolia están llenas de observaciones agudas y –lo que es menos común– ecuanímenes acerca de la sociedad y las instituciones otomanas. Tras publicarse por primera vez en la imprenta de Plantino en 1581, conocieron varias ediciones y traducciones¹¹. Alberto rindió un homenaje póstumo a su antiguo tutor cuando, tras ser nombrado gobernador general de los Países Bajos, se ocupó de que se cumpliera la última voluntad de Busbecq: que su corazón fuese enterrado en el mausoleo familiar de Bousbecque¹².

Cuando Alberto celebró su décimo cumpleaños, la situación dinástica había cambiado en varios aspectos. Maximiliano II había sucedido a su padre –Fernando I– como emperador en julio de 1564 y, por tanto, ya era preciso preparar a la siguiente generación¹³. Como los tres pilares básicos en los que se fundaba el poder de los Habsburgo austriacos –Hungria, Bohemia y el Sacro Imperio– eran monarquías electivas, sólo se podía asegurar una transición de poder sin sobresaltos mediante la elección formal de un heredero, y la sensatez política dictaba que convenía hacerlo más pronto que tarde. En los tres casos el electorado era en parte católico y en parte protestante, lo cual implicaba que resultaría difícil lograr una mayoría para un príncipe que viviese en la corte inflexiblemente católica de Felipe II. Los Estados de Bohemia ya habían expresado su descontento en dos ocasiones por la educación española del archiduque Rodolfo, y es probable que los protestantes de Hungría y el Imperio sintieran lo mismo¹⁴, así que era imperativo que éste regresase a Viena. Como resultado del Tratado de Cateau-Cambrésis Felipe II se había casado en 1559 con Isabel de Valois, hija del rey Enrique II de Francia y Catalina de' Medici. Era su tercera esposa y tenía dieciocho años menos que él, pero tras varios embarazos malogrados la pareja resultó bendecida con dos hijas, las infantas Isabel Clara Eugenia (nacida en 1566) y Catalina Micaela (nacida en 1567). Sin embargo, un aborto provocó la muerte de la reina en octubre de 1568. Pocos meses antes, a finales de julio, el desafortunado don Carlos también había fallecido, de modo que en menos de tres meses Felipe había perdido a su heredero varón y a su tercera esposa. Era preciso un nuevo matrimonio para asegurar el futuro de la rama española, y se decidió entonces que Felipe casase con la archiduquesa Ana, la hija mayor de Maximiliano y María, que ya había estado prometida a don Carlos. Con este enlace, el segundo entre las dos ramas de la casa de Austria, la diferencia de edad entre los cónyuges se ampliaba hasta los veintidós años, y hacía de Felipe no sólo primo y cuñado de Maximiliano, sino también su yerno¹⁵.

Parte del acuerdo consistía en que dos de los archiduques más jóvenes acompañaran a su hermana a España y ocuparan el lugar de Rodolfo y Ernesto. En principio iban a viajar Alberto y su hermano mayor Maximiliano, pero este último cayó enfermo poco antes de que Ana tuviera que partir y, al parecer, se decidió que Wenceslao ocupase su lugar mediante un sorteo¹⁶. La comitiva partió el 1 de agosto de





Pasatiempos campesinos

EL 9 DE FEBRERO DE 1614 EL DUQUE JUAN ERNESTO DE SAJONIA-WEIMAR y sus compañeros de viaje tuvieron ocasión de visitar el palacio archiducal del Coudenberg. En la galería de pinturas contemplaron los retratos familiares y los cuadros que reproducían la toma de Calais, Ardres, Hulst y Ostende —el tipo de asuntos que cabía esperar en tal entorno—, pero enseguida su atención se desvió hacia dos grandes lienzos que representaban una boda campesina. En uno de ellos los novios aparecían camino de la iglesia acompañados por sus familiares y amigos; el otro mostraba a los archiduques sentados a la mesa con los recién casados y sus invitados (fig. 10)¹. Para el joven príncipe y su séquito aquellas pinturas desentonaban en ese entorno, y no entendían por qué estaban colgadas junto a las grandes victorias militares del régimen archiducal. A falta de mejor explicación, supusieron que por algún motivo estético se habían incluido en un conjunto con temas de tanto prestigio².

Sin embargo, se equivocaban de medio a medio, pues los dos lienzos de Jan Brueghel el Viejo estaban allí para transmitir un mensaje político que además debía entenderse en el contexto de las batallas y asedios que los acompañaban³. El embajador Edmondes daba la clave al comentar las consecuencias de la Tregua de los Doce Años:

La infanta disfruta tanto de los pasatiempos campesinos que no deja de visitar todas las reuniones de campesinos en las que tengan lugar bodas o danzas. Los españoles le han hecho ver que no resulta apropiado, para la gravedad y grandeza de España, descender a semejantes familiaridades, pero ella ha aducido que ahora debe emanciparse para hacer uso de una mayor libertad en esta época de la Tregua⁴.

La réplica de Isabel constituía una audaz declaración de independencia y, además, chocaba con las ideas más arraigadas sobre el régimen archiducal. Desde el principio, quienes se oponían a él aseguraban que no cabía una auténtica independencia para los Países Bajos con los archiduques, y en general los historiadores se han mostrado de acuerdo con esta idea, si bien con diversos grados de reserva⁵.

Muchos han seguido insistiendo en su empeño de considerar a los archiduques simples títeres de España⁶; incluso cuando los hechos contradicen a las claras una generalización como ésta, algunos trabajos publicados hace poco continúan ignorando la evidente paradoja⁷. En el extremo opuesto del espectro de opiniones, se ha llegado a decir que quienes acordaron el Acta de Cesión pretendían que el régimen archiducal llegase a ser una entidad política completamente independiente, aunque después de aventurar tal afirmación el mismo autor se retracta al reconocer que el Acta y sus cláusulas secretas imponían restricciones significativas⁸. Los estudios posteriores han sostenido que la presencia constante del ejército español en los Países Bajos, la actividad de un «ministerio español» en la corte archiducal y el



CANDOR IN EST.

INTROITVS IN VRBEM.

Lámparas encendidas

EN OCTUBRE DE 1599 UN VIAJERO PROCEDENTE DE MADRID LLEGÓ AL monasterio jerónimo de Guadalupe y anunció que venía como mensajero de los archiduques Alberto e Isabel. Su misión consistía en entregar a la venerada Virgen Negra de Guadalupe una lámpara de plata junto con la cual se donaba la cantidad de dinero necesaria para garantizar que permaneciese siempre encendida. En conjunto, la dádiva se valoró en 300 ducados. Al agradecer a los archiduques su generosidad, el prior se refirió a la lámpara como «la mejor que ay en esta casa»¹. En el verano del año siguiente se hizo una donación similar a la abadía de Montserrat y, en su carta de agradecimiento, el abad aseguraba a los archiduques que era «una de las más bellas joyas que un príncipe jamás hubiese regalado a la Virgen», por lo que la comunidad decidió concederle un puesto de honor junto al altar de la Moreneta, justo tras las lámparas donadas por el papa Adriano VI, el emperador Carlos V y el rey Felipe II². Las vírgenes de Guadalupe y Montserrat constituían dos de los tesoros más sagrados de la Península, y las leyendas acerca de sus orígenes las vinculaban de una u otra manera con la Reconquista. Alberto había pasado por Guadalupe en su viaje de ida a Portugal y también en el de vuelta; visitó Montserrat por primera vez de camino a los Países Bajos, y regresó con la infanta ya como esposa en mayo de 1599. En aquella ocasión Isabel donó a la abadía su traje de novia –que había costado casi 2.000 ducados– para que se hiciese con él un vestido para la Virgen³. Con las lámparas se quería sobre todo suplicar a la Virgen que extendiese su protección sobre el régimen archiducal en los Países Bajos, y constituían una muestra clara de hasta qué punto éste se encontraba enraizado en la cultura política hispana.

Una notable característica de dicha cultura política era la inmediatez, e incluso la complicidad, de lo sagrado en el ámbito de lo político. Las fronteras entre lo natural y lo sobrenatural resultaban difusas y fáciles de cruzar, y en esencia se trataba de un *quid pro quo*: al abrazar la causa de la religión, el príncipe se ganaba el apoyo de la divinidad, al tiempo que las donaciones piadosas –como las lámparas de plata– constituían un medio para encomendar una causa y cimentar relaciones, pues el Dios de la Contrarreforma resultaba una imponente presencia a la que no era posible dirigirse de una manera directa. Por ello se precisaban mediadores, y entre ellos no había otro más eficaz que la Virgen María. A tono con la militancia religiosa de la época, se le confirieron atributos marciales: se la solía representar vestida de rojo y azul, y no de azul y blanco como hasta hacía poco; al igual que la heroína bíblica Jael, derrotaba a la herejía; y, a imagen de Judit, triunfaba sobre los enemigos de la fe. Tras la victoria de Lepanto, los Austrias la honraron como generalísima de sus ejércitos y pusieron la imagen de la Inmaculada Concepción en los estandartes de sus regimientos⁴. Junto a dicha cultura política de la intervención divina se impuso el modelo del príncipe guerrero: los Reyes Católicos habían com-

partido la carga del gobierno, habían fundado la Monarquía Hispánica y habían impuesto el catolicismo a sus súbditos. Tomando como ejemplo el final de su reinado, la historiografía sobre los archiduques suele representarlos como príncipes de la paz, aunque durante los primeros años de gobierno ése no había sido su objetivo: en un gesto muy revelador, Isabel rehusó durante el acto de investidura como condesa de Flandes que le ciñesen la espada de Estado, e indicó al abad que oficiaba la ceremonia que se la pasase a Alberto. Así, mientras ella hacía sonar la campanita que simbolizaba su acceso a la soberanía del condado, el archiduque blandía la espada contra los enemigos del país⁵.

LA GRAN OFENSIVA

El impulso de las negociaciones de Vervins no había logrado que Inglaterra y las Provincias Unidas se animaran a resolver sus diferencias con los Austrias. A Enrique IV de Francia, una vez convertido al catolicismo, se le podía aplacar reconociendo su sucesión al trono y restituyéndole las ciudades conquistadas por España. Sin embargo, resultaría más difícil conseguir que sus aliados se sentasen a negociar, porque su causa no tenía relación con la política dinástica, sino que en ella se mezclaban convicciones religiosas y razones de Estado de naturaleza comercial, dos asuntos en los que a los Austrias les costaba mucho más llegar a acuerdos. Las concesiones en materia de fe empañarían la reputación de los Austrias como adalides del catolicismo tridentino y amenazarían la uniformidad religiosa que pretendían mantener en sus propios reinos. Los acuerdos comerciales debilitarían inevitablemente los monopolios ibéricos en el comercio con las Indias, comprometiendo así la solidez financiera de la Monarquía Hispánica. Aunque el Tratado de Vervins no logró una pacificación completa en los Países Bajos en el verano de 1598, sí permitió que el ejército de Flandes concentrase a partir de entonces su esfuerzo bélico en el frente septentrional. Pocos días después de que los Estados Generales de las provincias del sur jurasen lealtad a la infanta Isabel, el almirante de Aragón, don Francisco de Mendoza –que iba a ejercer el mando militar durante el viaje de Alberto a España–, ordenó al ejército marchar hacia el Rin⁶. Al día siguiente, Alberto convocó formalmente los Estados Generales de las Provincias Unidas para que reconociesen a la infanta como su nueva soberana, y añadía que si volvían a la obediencia, verían que sus condiciones eran justas y razonables; si no lo hacían, se harían valer los derechos de la infanta por las armas. Los Estados Generales de las provincias leales suplicaron también a los de la República que tratasen de poner fin al conflicto⁷, pero todas las propuestas fueron rechazadas. Las Provincias Unidas se abstuvieron de responder por escrito, aunque comunicaron al mensajero de los Estados meridionales que nunca negociarían con los Austrias; en respuesta a la convocatoria de Alberto, invitaron a las provincias leales a sumarse a su unión con una promesa de libertad religiosa para la población, mayoritariamente católica⁸.

La Haya anunció su rechazo el 8 de octubre, y seis días después el ejército del almirante reconquistaba Rheinberg⁹. Aparte de recuperar el control de este estratégico paso del Rin, la campaña resultó inútil en lo militar y desastrosa sin paliativos en términos políticos. La expedición no alcanzó su objetivo principal al no conseguir tomar por sorpresa Schenkenschanz, un baluarte holandés en la bifurcación del Rin y el Waal. Entre tanto, a su paso el ejército había reducido a cenizas la ciudad

de Orsoy y había perpetrado todo tipo de excesos al ocupar Wesel, Rees, Gennepe y Doetinchem¹⁰. Sin embargo, fueron el perverso asesinato de Wirich VI, conde de Daun zu Falkenstein, y el saqueo de su castillo en Broich lo que más enfureció a otros príncipes compatriotas suyos¹¹. El almirante empeoró las cosas al proclamar que llegaba como abanderado del Concilio de Trento y al restaurar por la fuerza el culto católico en ciudades profundamente protestantes como Wesel¹². Por si esto fuera poco, se decidió muy pronto que las tropas establecerían sus cuarteles de invierno en tierras de Cleves, Mark y Münster¹³. El descontento ya era generalizado antes del inicio de la campaña, y se habían producido motines en Lier y Amberes a finales de julio y comienzos de agosto, a los que la guarnición de Gante se sumó octubre¹⁴. Además, el ejército en campaña llevaba muchos meses sin recibir su paga¹⁵, así que por ese cúmulo de circunstancias los habitantes de la Baja Renania tuvieron que sufrir el coste de la guerra en toda su crudeza.

El peso recayó sobre todo en los súbditos del duque de Jülich y Cleves y en los del elector de Colonia; el primero era también conde de Mark y el segundo, príncipe-obispo de Münster. Ambos príncipes eran católicos y hasta entonces habían mantenido una benévola neutralidad ante las acciones bélicas de los Austrias, pero la magnitud del desastre los obligó a actuar. Ambos mandaron enviados a Bruselas pidiendo la salida del ejército, la restitución de las ciudades ocupadas y una compensación por los daños y las contribuciones forzosas¹⁶. El duque y el elector, de acuerdo con la constitución del Imperio, convocaron la asamblea del Círculo de Westfalia para considerar medidas que restaurasen la paz y la neutralidad. Al advertir que habría que expulsar a un ejército que contaba inicialmente con 20.000 soldados de infantería y 2.500 de caballería, la asamblea se dirigió a los círculos vecinos en busca de apoyo. La lenta ronda de consultas culminó en abril de 1599, cuando Westfalia y cuatro círculos colindantes debatían el asunto en una reunión conjunta en Coblenza. Como los príncipes protestantes superaban en las votaciones a los católicos, que se mostraban más prudentes, se decidió reclutar un ejército que tuviese fuerza suficiente para expulsar a las tropas del almirante¹⁷. En el transcurso de esos meses, los círculos solicitaron al emperador que condenase la invasión y autorizase una respuesta armada, pero Rodolfo II demoró su respuesta. Sin embargo, se vio obligado a ceder ante las crecientes presiones y en diciembre promulgó un mandato pidiendo la retirada de las tropas. A esas alturas Alberto y el gobierno de transición que había dejado en Bruselas eran perfectamente conscientes de la gravedad del daño producido a la causa de los Austrias y se apresuraron a corregirlo. En su correspondencia con Rodolfo Alberto ponía las quejas en tela de juicio, calificándolas de parciales y exageradas, pero aun así prometió retirar el ejército en cuanto el tiempo lo permitiese¹⁸. El cardenal Andrés envió un emisario a los círculos reunidos y, aunque éste afirmaba que la incursión había sido desgraciada pero inevitable y prometía que se marcharían en breve, también advertía de la posibilidad de una guerra abierta si seguían adelante los planes de una acción militar¹⁹.

Una guerra abierta era precisamente con lo que contaban las Provincias Unidas, pues en la década anterior su esfuerzo bélico se había beneficiado sobremedida de la existencia de un segundo frente: al tener que luchar al mismo tiempo contra los franceses y los holandeses, el ejército español se había visto forzado hasta el límite. Sin embargo, con Francia fuera de la contienda la apertura de un nuevo frente en el este traería ventajas similares a la República, de modo que La Haya



Instrumentos maléficos

EN SEPTIEMBRE DE 1603 SE TRASLADÓ DESDE LONDRES HASTA STRATFIELD Saye en Hampshire un gran paquete confiado a Charles della Faille poco antes de que se dispusiese a cruzar el canal de la Mancha para asistir a Charles de Ligne, conde de Arenberg, en su misión ante la corte inglesa. Como el bulto resultó ser demasiado pesado y engorroso, della Faille dispuso que le siguiera mientras él se adelantaba a caballo¹. Algunas semanas antes Arenberg había conseguido una audiencia para felicitar a la reina Ana en nombre de los archiduques por su coronación. Mientras intercambiaban comentarios corteses, la reina preguntó al embajador si «no tenía un retrato de la Serenísima Infanta y de Su Alteza, pues tenía un deseo infinito de verles»². Se trataba de una pregunta meramente ritual, pues conocía de sobra el aspecto de los archiduques, puesto que ella misma había dado a Cecil sus retratos cuatro años antes³. Como es comprensible, el archiduque Alberto estaba deseoso de complacerla y aseguró a su embajador que se enviarían inmediatamente unos retratos, ordenándole que le dijese a la reina que «la infanta también deseaba tener el de ella y el de su marido, el rey». Los archiduques agradecerían además unos retratos de los hijos de la pareja, del mismo modo que ellos –si Dios les concedía descendencia– esperaban algún día mandarles retratos de los suyos⁴.

Los cuadros (figs. 14 y 35), que llegaron sin percances, se entregaron a la reina Ana en el palacio de Woodstock el 23 de septiembre. «Tras juzgar dichos retratos muy bellos –informaba Arenberg– quiso saber más detalles sobre la infanta y su vestuario»⁵, lo que en modo alguno constituía una simple pregunta sobre moda, pues el atuendo de Isabel estaba plagado de emblemas y simbolismo heráldico. Una gran profusión de anillos entrelazados y violetas bordadas remitían al matrimonio y la fidelidad; la falda iba adornada con cruces de san Andrés con nudos –la célebre insignia de la casa de Borgoña– y su vestido estaba decorado con arabescos en zigzag formados por anillos y flores de lis en alternancia. Las flores de lis aludían a la madre de la infanta, Isabel de Valois, y a través de ella a sus pretensiones a la corona francesa, al ducado de Bretaña y a la herencia feudal de Catalina de' Medici en Auvernia. Al igual que la falda, la saya estaba sembrada de rosas rojas, un recordatorio inequívoco del linaje de los Lancaster del que descendía la infanta y de los consiguientes derechos al trono inglés recibidos de su abuela portuguesa. Y, aunque a la muerte de la reina Isabel I no se hubieran hecho valer estos derechos, tampoco se había renunciado a ellos por completo. Los retratos de Estado así lo hacían ver y Ana lo advirtió inmediatamente. Sin embargo, ya fuese por la claridad con la que se afirmaba que los archiduques habrían podido dificultar mucho más la sucesión a los Estuardo o por la dulzura con que la infanta tocaba a la enana que aparecía a su lado –es difícil saberlo–, Isabel despertó en Ana una simpatía que iba a durar hasta su muerte.



La entrega ritual de los retratos constituía una muestra de la evidente distensión anglo-habsbúrgica de entonces. Se trataba de una victoria de la política dinástica sobre el conflicto religioso y los intereses económicos encontrados, y fue un verdadero triunfo para la diplomacia archiducal. Cuando los Austrias lograron sacar partido del asedio de Ostende, la escena diplomática sufrió algunos cambios de importancia: Alberto se fue afirmando poco a poco como un actor independiente, comenzó a pasar por alto las directivas que le dictaban desde la corte de Valladolid y a tomar las decisiones que consideraba adecuadas al interés dinástico. Entre tanto, la experimentación con un nuevo modo de guerra económica causó serios daños a la credibilidad de los Austrias, a pesar de que ni siquiera llegó a producir los resultados previstos. Estos reveses hicieron que la paz con Inglaterra resultase aún más conveniente, y fue la buena disposición de Alberto a reconocer la sucesión de los Estuardo lo que condujo a Arenberg y a los retratos hasta la corte de Jacobo I. A pesar de que con su audaz iniciativa logró un tratado de paz que supuso el aislamiento de las Provincias Unidas, no pudo acabar con las tensiones religiosas subyacentes.

Tras cinco años de gran ofensiva contra las Provincias Unidas, el ejército de Flandes podía por fin prever que la guerra se trasladaría al norte de los grandes ríos. Sin embargo, la batalla de las Dunas y el asedio de Ostende le habían enseñado algunas duras lecciones: la estrategia de fondo había sido demasiado optimista y, sin duda, en Bruselas habían subestimado a los holandeses; hacía falta bastante más que aquello para vencerlos o forzarlos a pedir la paz. La estrategia también había sobrestimado las capacidades de los Austrias, pues, a pesar de los millones de ducados que sí se remitían todos los años a los Países Bajos, la Monarquía Hispánica era incapaz de atender sus obligaciones financieras a tiempo y en su totalidad. La realidad se impuso cuando el Remedio General redujo las aportaciones españolas de manera unilateral. A pesar de todo su coraje y de su ocasional astucia, Alberto no se había convertido en un segundo Alejandro Farnesio y cuando se discutía el Remedio General, el Consejo de Estado español dirigió todas sus críticas contra el archiduque: no sólo se le censuró como jefe militar, sino que incluso se insinuó que había desviado fondos destinados al ejército para su casa⁶. Parte de estas críticas terminaron por llegar a los círculos gubernamentales de Bruselas, además más o menos en las mismas semanas en las que el almirante de Aragón, el embajador español, el veedor general y el pagador general fueron reclamados uno tras otro desde España⁷. Alberto se afanó por desmentir que su administración estuviese siendo estrechamente vigilada, pero sus argumentos no lograron acallar los rumores acerca del futuro del régimen archiducal⁸.

Al saber que los fondos españoles iban a sufrir un recorte de más de un cuarto de su valor, Alberto convocó una reunión del Consejo de Estado archiducal, aunque la decisión no habría suscitado tanto interés si no fuera porque dicho consejo llevaba casi dos años sin convocarse. En un descuido sin precedentes –que sólo podía entenderse como un desaire– no se informó de antemano al embajador español sobre la fecha de la reunión⁹, cosa que sólo cabe interpretar como que el archiduque buscaba nuevos consejeros e ideas nuevas, y había ciertas alternativas a las que podía recurrir. La rivalidad por aconsejar al príncipe es probablemente tan vieja como la propia monarquía, pero la configuración de base del régimen archiducal complicaba aún más las cosas. Entre las estructuras formales de gobierno, el Conse-

35

FRANS POURBUS EL JOVEN,
La infanta Isabel Clara Eugenia.
Hacia 1598-1600.
Óleo sobre lienzo, 217,5 × 131 cm.
Londres, Royal Collection.



Herencias desveladas

EL ADVIENTO ERA UNA ÉPOCA DE ESPECIAL SOLEMNIDAD EN LA CORTE de Bruselas: los sacerdotes, con ropajes cada vez más costosos, cantaban misa los domingos en la capilla de palacio; las festividades de San Nicolás (6 de diciembre), la Inmaculada Concepción (8 de diciembre) y Santo Tomás apóstol (21 de diciembre) requerían celebraciones especiales, a las que solían acudir Alberto e Isabel. En el día de Santo Tomás los sacerdotes oficiaban con la indumentaria de la Orden del Toisón de Oro; en las témporas, los archiduques asistían a la llamada misa dorada en la iglesia colegial de Santa Gúdula¹. Sin embargo, el Adviento de 1612 resultó excepcional, porque en la segunda semana el deán Johannes Baptist Gramaye regresó a Bruselas junto con dos canónigos de la catedral de Reims portando un tesoro sagrado.

Al trasladarse a los Países Bajos Alberto cambió la devoción de su santo patrón de siempre, san Alberto de Praga –también conocido como Adalberto o, en checo, Vojtěch– por la de su tocayo local, san Alberto de Lovaina. Los motivos eran claramente dinásticos, porque el archiduque y el santo, como señaló el nuncio, estaban relacionados a través de la casa de Borgoña². San Alberto era uno de los hijos menores del duque Godofredo III de Brabante y su elección al obispado de Lieja en 1191 contó con la oposición del emperador Enrique VI, que prefería a otro candidato. El obispo electo viajó entonces a Roma, donde apeló con éxito ante el papa y, tras ser nombrado cardenal, volvió a Reims al año siguiente para ser asesinado por los secuaces del emperador a las afueras de la ciudad. Su cuerpo mutilado fue enterrado en la catedral de Reims³. En 1603 el archiduque Alberto ya estaba propagando la devoción a su santo patrón adoptivo⁴, pero conseguir las reliquias necesarias para convertirlo en un culto dinástico de pleno derecho le llevaría una década más de peticiones al arzobispo de Reims⁵.

No se escatimaron ni esfuerzos ni dinero para dar lustre al traslado de los restos del santo. El 13 de diciembre de 1612 cuatro abades mitrados acompañaron el féretro desde una iglesia cercana hasta el convento de las carmelitas descalzas (fig. 68), donde en adelante se venerarían las reliquias; otros cuatro abades los esperaban a la entrada junto con el nuncio y los arzobispos de Malinas y Cambrai. Los archiduques vieron pasar el cortejo desde una casa situada junto al camino y salieron para unirse a la procesión cuando ésta llegaba al convento. A pesar de que había sufrido un grave ataque de gota que le había durado buena parte de noviembre, Alberto llevó a hombros el ataúd desde allí y, junto con el embajador español, Ambrosio Spinola y Philips Willem, príncipe de Orange, cruzó el umbral con él a cuestas. Se entonó un *Te Deum*, el arzobispo de Malinas dirigió un sermón a los asistentes y uno de los canónigos de Reims pronunció un discurso. Al día siguiente la ilustre compañía regresó para deleitarse con un elocuente sermón del predicador archiducal, Bernard de Montgaillard⁶. Los ritos prosiguieron el domingo: el

cuando se estaba poniendo en marcha el traslado¹⁵ y al año siguiente aparecieron nada menos que tres adaptaciones destinadas a públicos que leían español o francés¹⁶. Junto con los rituales que se celebraban en los días señalados, las reliquias en su suntuosa capilla, el retablo pintado por Theodoor van Loon y la estatua de Robrecht de Nole en un nicho de la fachada del convento de las carmelitas, estos libros no sólo propagaban la veneración a un santo renacido sino que contribuían ante todo a legitimar el archiducal como un régimen ordenado por la divinidad¹⁷.

Por tanto, no dejó de sorprender que la adquisición de una reliquia de santa Isabel de Hungría en noviembre de 1615 no provocara una serie de celebraciones comparables. Obtener la reliquia no había sido fácil, porque en 1539 uno de los descendientes de la santa, el landgrave Felipe I de Hesse, había escenificado su conversión al protestantismo vaciando el relicario de oro de la santa en la iglesia de Marburgo y dispersando sus restos¹⁸, aunque el incansable Gramaye consiguió localizar y adquirir un trocito relativamente grande de un brazo¹⁹. Sin embargo, cuando se entregó el relicario al monasterio de las carmelitas Alberto e Isabel sólo asistieron a las vísperas solemnes²⁰; no hubo procesiones ni sermones. Era evidente que las cosas habían cambiado en el transcurso de tres años y la legitimación del régimen archiducal ya no era una prioridad política. Durante todo el verano Alberto e Isabel habían estado aproximándose a la ciudadanía de Brabante y Flandes con el fin de preparar el terreno para el reconocimiento formal de Felipe III como su heredero. El día en que el nuncio dio cuenta de la adquisición del relicario de santa Isabel, también anunció la inminente llegada del hermano mayor de Alberto, el archiduque Maximiliano, que sin duda había viajado para tratar sobre la sucesión en el Sacro Imperio, Hungría, Bohemia y los territorios hereditarios²¹. Las herencias de toda una generación de Austrias estaban a punto de desvelarse.

A pesar de su constitución en apariencia delicada, la salud de Alberto resistió bastante bien la primera parte del reinado y, en este aspecto, los diplomáticos tenían poco que referir. Un accidente banal lo obligó a guardar cama durante dos días en febrero de 1602 porque, agotado por los esfuerzos del asedio de Ostende, se quedó dormido durante sus oraciones y sufrió una mala caída²². Ese mismo año se mencionó de pasada que se estaba recuperando de unas fiebres²³, y en octubre de 1605 se dijo que había sufrido unas «agudas fiebres tercianas»²⁴. Este diagnóstico describía episodios de agitación febril en días alternos, lo que se solía asociar con la malaria. Sin embargo, no parece que Alberto las volviese a padecer. En conjunto, su intrépida conducta en el campo de batalla dio más motivos de preocupación. Tras la batalla de Nieuwpoort regresó a sus cuarteles con una herida seria detrás de la oreja que recordaba lo cerca que había estado de la muerte²⁵. Para espanto de su entorno y de los consejeros de Madrid, aquella experiencia no le impidió aficionarse a las trincheras durante el asedio de Ostende²⁶, y su posterior relevo del mando táctico del ejército de Flandes fue una medida más cautelara de lo que suele creerse.

Los años de paz resultaron menos clementes. Apenas un mes después de que las partes en conflicto acordasen el alto el fuego, el embajador francés refería que un ataque de gota había obligado a Alberto a guardar cama y añadía que el dolor afectaba a su humor²⁷; también informó de un segundo ataque en octubre siguiente²⁸. El archiduque tenía entonces 47 años; es muy probable que su habitual moderación

UN PRÍNCIPE
DOLORIDO

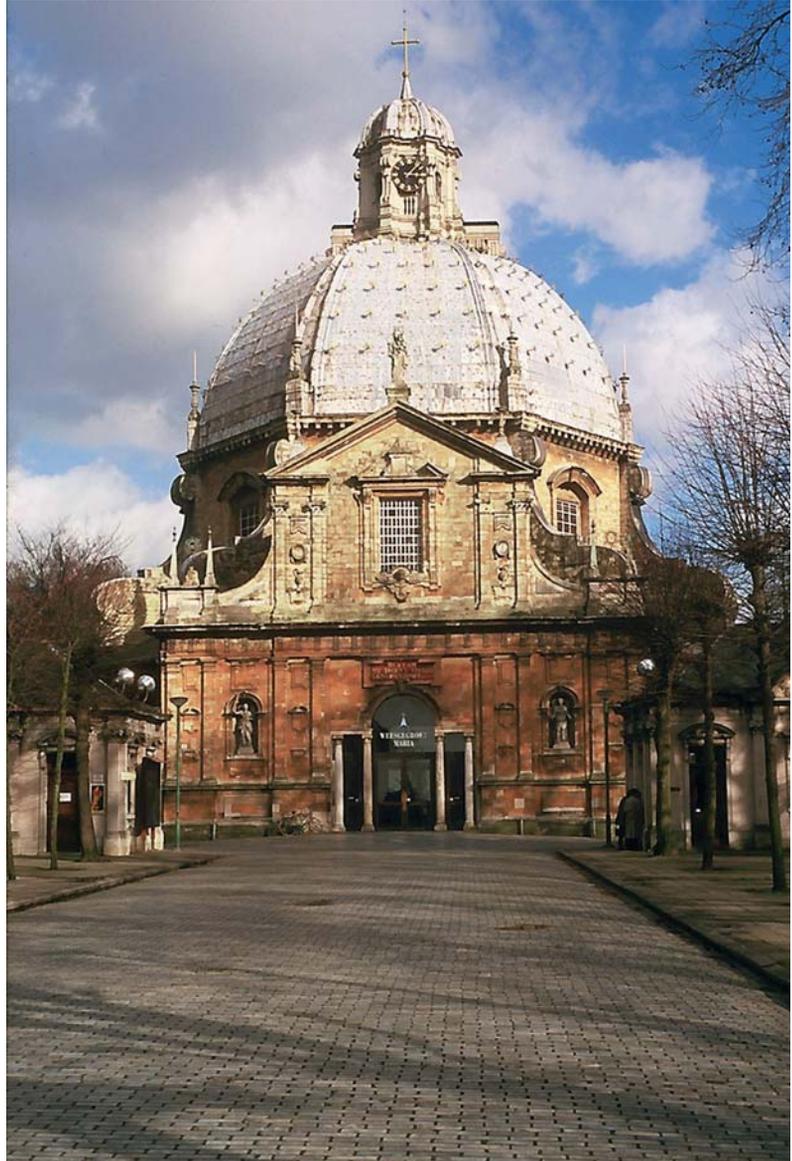


Virgen victoriosa

EN MEDIO DE LA CONFUSIÓN Y LA INQUIETUD EN QUE SE VIERON SUMIDOS los Austrias tras la defenestración de Praga, Alberto mantuvo –al menos en apariencia– una actitud estoica de carácter lipsiano. El enviado francés no podía sino admirar «su constancia y resolución ante los accidentes de este mundo»¹. Como siempre, cuando en la guerra se les ponía todo en contra, los archiduques intensificaron sus prácticas devocionales y, al término de su peregrinación anual a Scherpenheuvel (fig. 84) en mayo de 1619, donaron fondos suficientes para celebrar veinte novenas, cada una consagrada a un fin: san Andrés y Santiago el Mayor recibieron el homenaje como santos patronos de la casa de Borgoña y de la Monarquía Hispánica; san Pedro y san Pablo, como los apóstoles fundadores de la Santa Sede; el arcángel san Miguel fue honrado con el título de maestro de campo general de los ejércitos del Señor, y sus arcángeles san Gabriel y san Rafael fueron nombrados respectivamente general de caballería y guía del ejército; hubo una novena para cada uno de los nueve coros de ángeles, a los que se calificaba de soldados del ejército. Además, se concedió un lugar de honor a Cristo y a la Virgen María, esta última como generalísima de los ejércitos de los Austrias desde la batalla de Lepanto. El conjunto de las novenas representaba el *Castrorum acies ordinata* (el ejército alineado para la batalla), un emblema de la Inmaculada Concepción basado en el Cantar de los Cantares 6,3².

El culto de santa María como capitana general se basa en la representación de la Inmaculada Concepción como la Virgen del Apocalipsis, que porta una corona de doce estrellas, viste de sol y –con mayor carga significativa en el contexto de las guerras endémicas con el Imperio otomano– tiene la luna bajo sus pies. En la creencia de que el éxito de la dinastía en guerra dependía de dicho culto, la hermana de Alberto, sor Margarita de la Cruz (fig. 85), lanzó en 1616 una ofensiva para que se definiese la doctrina de la Inmaculada Concepción como artículo de fe, y Felipe III, persuadido por su santa tía, instituyó una junta regia para coordinar los esfuerzos y le permitió despachar un enviado especial a la curia. El papa Pablo V respondió promulgando la bula *Regis pacifici*, en la que hacía un llamamiento a inmaculistas y maculistas para que dejaran que el tiempo juzgase el asunto. Sin embargo, la coalición liderada por sor Margarita se negó a abandonar el empeño y logró que en los primeros meses de 1618 se creasen muy seguidas una segunda comisión real y una tercera³. Siguiendo instrucciones parecidas para recomendar una definición rápida del caso, el enviado archiducal en Roma hubo de hacer frente a un amable reproche, pues, según Pablo V, la Inmaculada Concepción era «de gran importancia y una cuestión muy sutil» que escapaba a la comprensión de los hombres y las mujeres comunes. Posteriormente, un regalo realizado en mayo a la infanta Isabel –unos fragmentos de la Santa Cruz y de una camisa de la Virgen María– se presentó de modo que hiciera referencia específicamente a santa Elena y muy bien pudo cons-

84
La Iglesia de Scherpenheuvel.

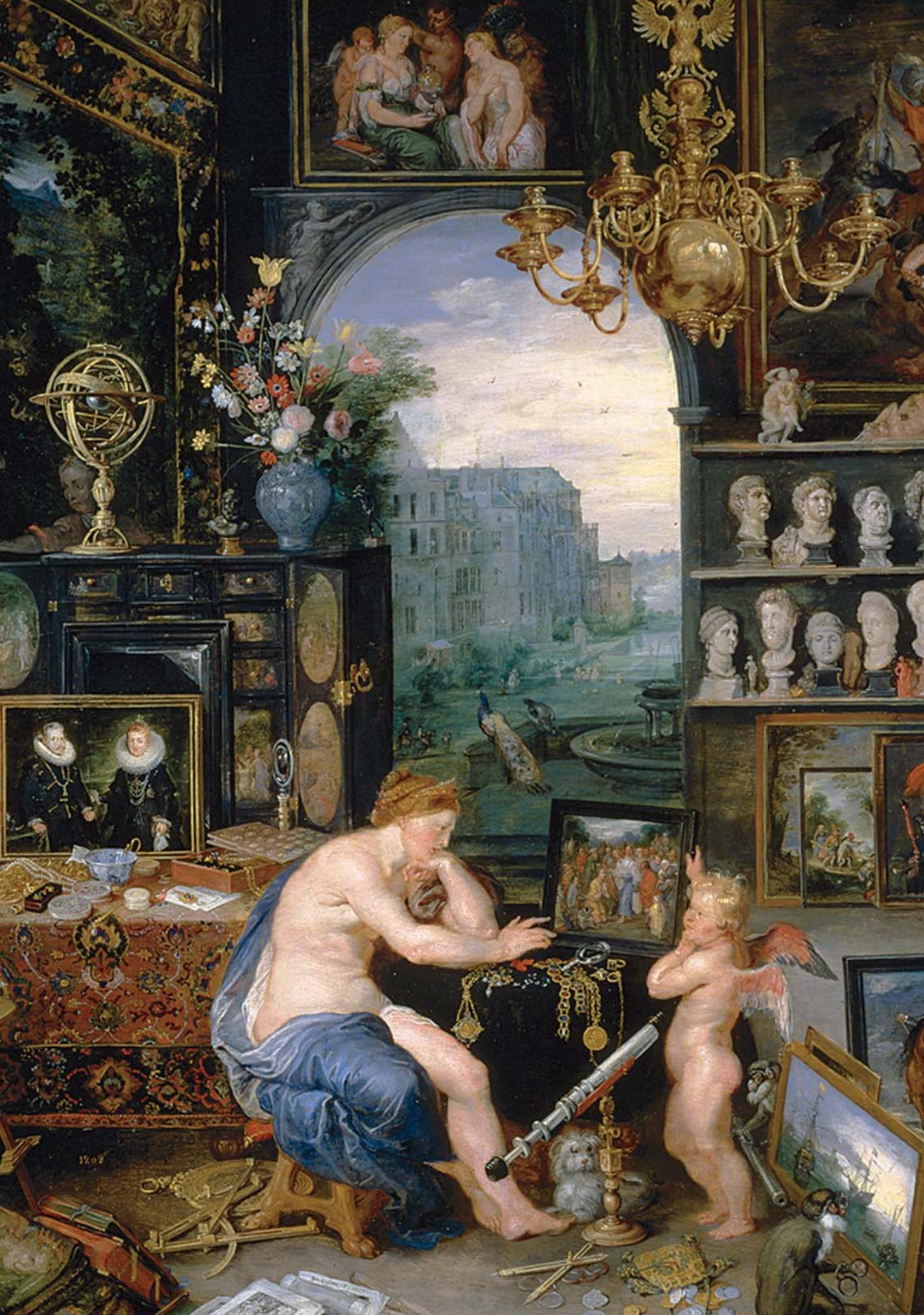


tituir un intento de desviar la atención hacia la próxima elección imperial⁴. Aun así, la gravedad de los acontecimientos de Bohemia puso de nuevo el tema de la Inmaculada Concepción en el centro de todas las miradas, porque Alberto e Isabel eligieron el 8 de diciembre de 1618 para renovar su solicitud de que la doctrina se declarase dogma para todos los católicos, sugiriendo que constituiría un inestimable apoyo para la lucha contra la rebelión de Bohemia⁵. Aunque el pontífice era partidario de la causa de los Austrias, volvió a negarse; señaló que la controversia duraba ya seiscientos años y no cabía una solución fácil⁶.

A pesar de todo, las imágenes de la Inmaculada Concepción se ligaron al esfuerzo bélico. En la fiesta de la Asunción de 1620 el nuncio en Bruselas bendijo un estandarte de caballería en damasco carmesí que fue enviado a Bucquoy y que



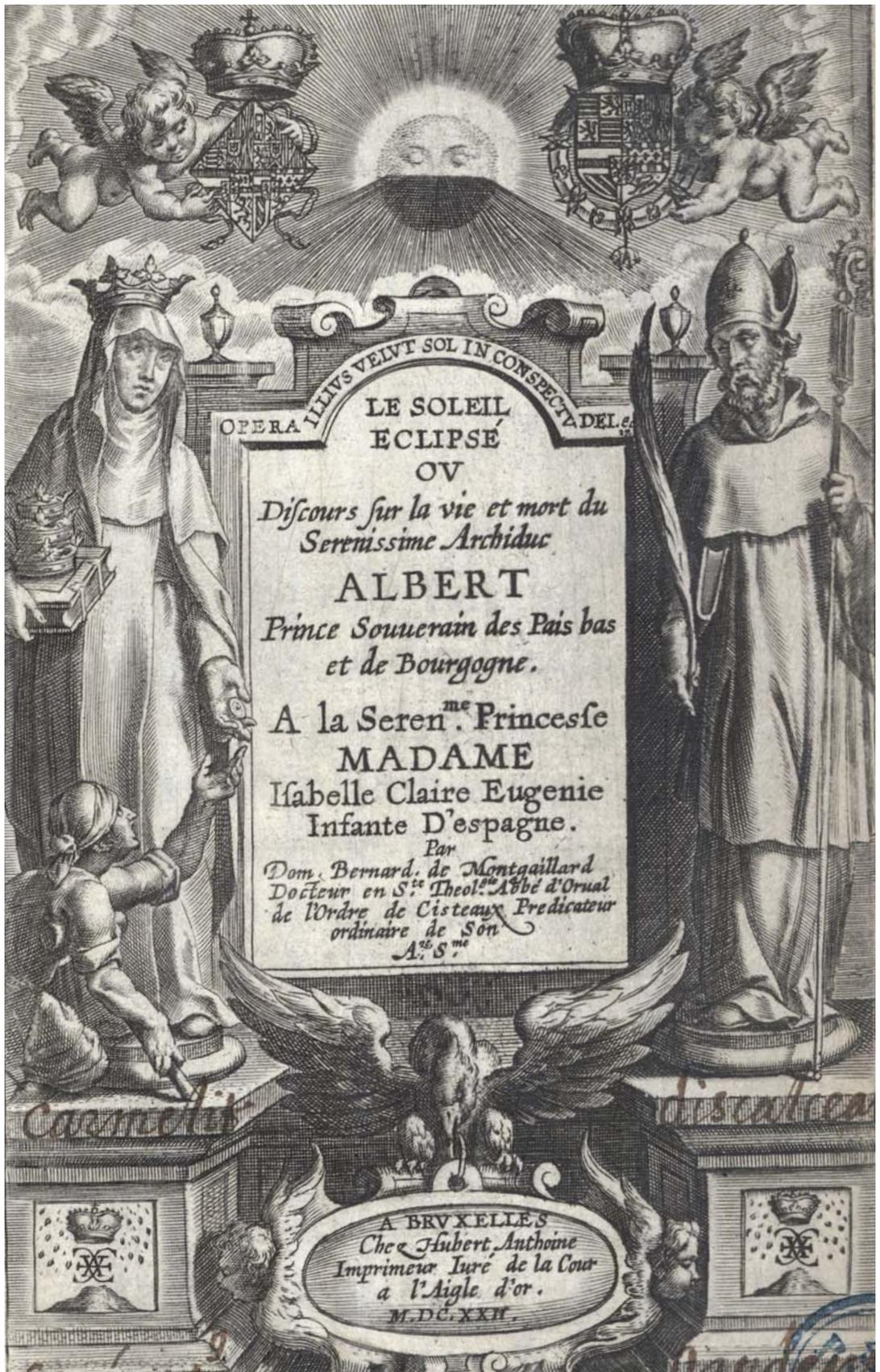
95
PETER PAUL RUBENS,
Isabel Clara Eugenia. Hacia 1625.
Óleo sobre lienzo, 116 × 90 cm.
Pasadena, Norton Simon Collection.



Conclusión

EL HISTORIADOR NO PUEDE ELUDIR EL BENEFICIO O, PARA SER MÁS precisos, el obstáculo de la visión retrospectiva, ya que por lo general es consciente de lo que va a pasar después. Esto es cierto desde luego para el tema que nos ocupa, pues quien estudia el reinado de los archiduques Alberto e Isabel sabe de antemano que aquél no iba a durar: al carecer de heredero, el régimen archiducal concluiría con la muerte de Alberto y la reversión de los Países Bajos a la Monarquía Hispánica en 1621. Las circunstancias animaron en diversas ocasiones a la corte de Madrid a considerar la renovación de la segundogenitura, pero dichos planes nunca llegaron a consumarse. Los veintitantos años que van de 1598 a 1621 terminaron por constituir el único periodo en el que los Países Bajos no formaron parte de un estado compuesto de mayor extensión. Al tratar de discernir la imagen de conjunto, los historiadores no se suelen detener en las políticas que no sobrevivieron a una generación. Muchos han concluido que, de todas formas, nunca hubo intención de que el régimen archiducal perdurase, y algunos han afirmado incluso que Felipe II sabía que la pareja era estéril. Sin embargo, esta hipótesis es claramente falsa, pues dos embarazos —y tal vez hasta tres— la refutan: el de 1605 llegó incluso a animar a los archiduques a ordenar la creación de un *Hortus conclusus* en el santuario de Scherpenheuvel, aunque la piadosa ofrenda fue en vano. Ninguno de los embarazos de Isabel llegó a término y, en este sentido, la torre inacabada de la iglesia de peregrinación constituye un evocador símbolo de cómo el régimen archiducal no logró cumplir su principal objetivo.

Todos los monarcas de la Edad Moderna sabían que la incapacidad de engendrar un heredero se pagaba muy cara, y la cuestión sucesoria se imponía a todas las demás en cuanto había conciencia de la inminente extinción de una línea. Para Alberto e Isabel, en algún momento entre 1608 y 1611 aquel temor se volvió una realidad cuya aceptación tuvo un profundo impacto en el estatus de la corte de los archiduques dentro del panorama internacional. En Madrid, aquellos miembros del Consejo de Estado que lamentaban la cesión de los Países Bajos meridionales se vieron obligados a reformular sus recelos, pues ya no tenía sentido advertir al rey de que podía confiar en que su hermana y su cuñado acatarían las políticas dictadas por la Monarquía Hispánica, pero que sería una imprudencia suponer que la siguiente generación fuera a mostrar el mismo grado de lealtad. Aun así, persistiendo en su empeño de emular a Casandra, se pusieron a estudiar qué posibilidades había de que los flamencos, volubles como todos sabían, se sublevaran para oponerse a su reversión a la Monarquía. Mientras tanto, sin embargo, al régimen archiducal se le concedió un nivel de libertad sin precedentes. La primera mitad de los reinados de Felipe III y de los archiduques se vio empañada en ciertos momentos por la desconfianza y la frustración mutuas, pero una vez se vio que los efectos del Acta de Cesión iban a ser irremedia-



OPERA ILLIVS VELVT SOL IN CONSPECTU DEL.

LE SOLEIL
ECLIPSE

OV

*Discours sur la vie et mort du
Seremissime Archiduc*

ALBERT

*Prince Souuerain des Pais bas
et de Bourgogne.*

A la Seren^{me} Princesse

MADAME

*Uabelle Claire Eugenie
Infante D'espagne.*

*Par
Dom. Bernard. de Montgaillard
Docteur en S.^{te} Theol.^{ie} Abbé d'Orual
de l'Ordre de Cisteaux Predicateur
ordinaire de Son
A.^{te} S.^{me}*

Couronné

sculpté

A BRUXELLES
Chez Hubert. Authoine
Imprimeur. Jure de la Cour
a l'Aigle d'or.
M.D.C.XXII.